

LA ORACIÓN LITÚRGICA I

La misa y los demás Sacramentos como fuente de oración

¿Qué es la liturgia?

Actualización del misterio pascual

En la muerte del Señor, con la entrega del Espíritu y el nacimiento de la Iglesia, se da paso a la tercera etapa de la realización de la economía salvífica (tras el anuncio y el cumplimiento en Cristo). Se inicia el "tiempo de la Iglesia" o "tiempo del Espíritu Santo", continuación y resultado, a la vez, del tiempo de Cristo. La presencia de la salvación en medio de los hombres, proclamada solemnemente por el mismo Jesús en la sinagoga de Nazaret (cf. Lc 4,14-22), no cesa, pero se produce y se manifiesta de otro modo. En efecto, según el designio divino, la obra de la redención ha de llegar a todos los hombres mediante la fe en el Evangelio y la incorporación personal al misterio de Cristo en los sacramentos.

Pregustación de la gloria celestial

La liturgia, en la última etapa de la historia de la salvación, hace que "pregustemos y participemos en la liturgia celeste que se celebra en la ciudad santa, Jerusalén, hacia la que nos dirigimos como peregrinos" (SC 8; cf. LG 50). De este modo, fundiendo el pasado, el presente y el futuro, la liturgia aparece como momento síntesis de toda la historia salvífica y configura el tiempo de la Iglesia como la etapa última y definitiva de la salvación.



Relación con Dios (ejercicio del sacerdocio de Cristo)

Como Señor y cabeza de la Iglesia, Cristo permanece junto a ella y se hace presente principalmente en los actos litúrgicos de diversos modos para llevar a cabo la obra de la salvación (cf. SC 7). La presencia de Cristo en la liturgia es una presencia dinámica y eficaz, que hace de los actos litúrgicos acontecimientos de salvación. En la Eucaristía esta presencia es, además, substancial: "Tal presencia se llama real no por exclusión, como si las otras no fueran reales, sino por antonomasia". Los modos o grados de la presencia del Señor en la liturgia confirman que ésta es, ante todo, acción de Cristo, el cual asocia al ejercicio de su sacerdocio a todos los fieles en virtud del bautismo (cf. SC 14; LG 10-11).

El ámbito externo de esta presencia es la Iglesia, como se ha dicho antes. Pero el "ámbito" interno es el Espíritu Santo, el don que el Padre ha entregado al Hijo en la resurrección y que éste ha derramado sobre la Iglesia (cf. Hch 2,32.33) para que more en ella y en el corazón de los fieles como en un templo (cf. Ef 2,18-22; 1 Co 3,16-17; 2 Co 6,16). El Espíritu Santo asiste siempre a la Iglesia en la acción litúrgica para que invoque a su Señor (Cf. Ap 22,17.20).

Celebración de la fe

La celebración tiene una dimensión actualizadora de la salvación: «Característico de la celebración religiosa es que la vida divina en cierto modo se comunica a los participantes. No es un simple recordar, sino una presencia. La divinidad está presente en la celebración festiva, perceptible o reconocible a través de su eficacia. La lengua griega, tan rica desde el punto de vista religioso, da a este hecho el nombre de epifanía o manifestación (en sentido cultural)» (Odo Casel).

Dimensión escatológica. La presencia de la acción divina convierte en acontecimiento salvífico la celebración, y hace de ella un anticipo de la posesión plena de los dones de Dios más allá de los límites de este mundo.

Dimensión comunitaria y eclesial. La celebración es acción de Cristo y del pueblo de Dios jerárquicamente ordenado, es decir, de Cristo como cabeza y de los miembros de su cuerpo. Por este motivo la celebración es causa y manifestación de la Iglesia, y ha de estar ordenada siempre a que todos tomen parte en la acción común, cada uno según su propio orden y grado.

La oración litúrgica

Dimensiones de la plegaria litúrgica

De acuerdo con la práctica antiquísima de la Iglesia, toda oración debe dirigirse al Padre por medio de Jesucristo, nuestro Señor, en la unidad del Espíritu Santo. De este modo la plegaria litúrgica (bendición «ascendente»), como expresión de la acogida y de la respuesta de los hombres a los dones de Dios (bendición «descendente»), cierra el círculo de la bondad divina, que llega a nosotros por Jesucristo y en el Espíritu. La plegaria se enmarca así dentro de la economía de la salvación (cf. Ef 3,11; 2 Tim 1,9-10).

Dimensión Trinitaria

Dimensión Cristológica

Pero Cristo no sólo es el Mediador sacerdotal de la plegaria y el intercesor continuo ante el Padre (cf. 1 Jn 2,1; Heb 4,14-16). Es también objeto de la oración y término de la misma. En las doxologías del Nuevo Testamento, Cristo aparece junto al Padre como centro de la bendición (cf. Rom 16,25-27; Ef 3,14-21, etc.). La liturgia se dirige, por tanto, a Cristo el Señor, como señala san Agustín: «él ora por nosotros, ora en nosotros y es invocado por nosotros: ora por nosotros como sacerdote nuestro, ora en nosotros por ser nuestra cabeza, y es invocado por nosotros como Dios nuestro».

La plegaria litúrgica cristiana es oración eclesial por muchos motivos: porque expresa siempre el nosotros comunitario del pueblo de Dios y del conjunto de los miembros que forman el cuerpo de Cristo (cf. 1 Pe 2,9-10; Rom 12,4-5; 1 Cor 12,12-13), porque está fundada sobre la participación en la misma fe y en el mismo bautismo (cf. Ef 4,4-6), y porque es expresión de la unidad en la diversidad de carismas que se manifiestan para bien de toda la Iglesia (cf. Ef 4,7-13; Rom 12,3-8; 1 Cor 12,4-11). La plegaria litúrgica es siempre la voz de la esposa de Cristo que invoca a su Señor (cf. Ap 22,17.20) y es la oración de Cristo, con su cuerpo, al Padre (cf. SC 84).

Dimensión Eclesial

Dimensión Antropológica

La Iglesia, cuando menciona las realidades humanas en la plegaria, proyecta sobre los hombres y sobre el mundo la luz y la gracia que recibe de Dios y, a la vez, encamina hacia él estas realidades a las que abre a la gratuidad de los dones de la salvación.

Sacramentalidad de la plegaria litúrgica

Se trata de la aplicación a la plegaria litúrgica de una de las notas esenciales de la liturgia cristiana. La plegaria litúrgica es un verdadero signo eficaz desde el punto de vista salvífico.

Actitudes internas

Lo primero que expresa la plegaria litúrgica son las actitudes internas que están presentes en toda oración cristiana y que hacen de toda la existencia de los creyentes el culto al Padre en el Espíritu Santo y en la verdad de Jesús (cf. Jn 4,23).

La primera actitud es la adoración a Dios, que engloba todas las demás actitudes y tiene adecuada expresión externa en gestos como la postración, etc.. Junto a ella aparece también la escucha y la aceptación de la Palabra de Dios.

La alabanza y la acción de gracias están presentes también en la plegaria litúrgica. Las intervenciones realizadas por Dios en favor de su pueblo son recordadas (anamnesis) y celebradas en la liturgia suscitando nuevamente la bendición y la confesión de fe, y motivando la súplica de nuevas intervenciones divinas. La petición y la invocación (epiclesis) son fruto de la evocación y de la celebración de las obras salvíficas divinas, y este movimiento se traduce en la plegaria litúrgica.

Arrepentimiento y ofrenda de la voluntad. Por último, la intercesión. Se trata de una actitud típicamente cristiana, que encuentra su ejemplo máximo en la plegaria sacerdotal de Jesús (cf. Jn 17), intercesión que continúa en el cielo (cf. 1 Jn 2,1; Heb 4,14-16). En la plegaria litúrgica están presentes todas las formas de oración cristiana (Cf. CCE 2625-2649).

La plegaria litúrgica está constituida también por actitudes corporales. El hombre tiende a manifestar exteriormente cuanto experimenta en su interior. Esta manifestación se realiza por medio de la palabra, pero también a través de gestos y movimientos corporales, tanto de los ministros como de los fieles.

Dimensión corporal

Eficacia

La plegaria litúrgica es una plegaria eficaz, no solamente en base a la confianza filial del orante para lograr lo que pide, como característica esencial de la oración (cf. Mt 6,7-8.25-32, etc.). Aquí se trata, ante todo, de la eficacia prometida por Jesús a la oración realizada «en su nombre» (cf. Jn 14,13-14; 15,7-10.16; 16,23-27).

Por tanto, sin restar eficacia de la oración personal, recomendada por Jesús (cf. Mt 6,6), la plegaria litúrgica, por ser oración de Cristo y de la Iglesia, goza de una eficacia a la que no iguala ninguna otra forma de oración (cf. SC 7). A esta eficacia se la llama *ex opere operantis Ecclesiae*.

Tipos de plegarias litúrgicas

Eucología (del griego: euché [plegaria] y logos [tratado]) significa propiamente «teoría de la plegaria». Sin embargo, la palabra es usada en un sentido más amplio para referirse al conjunto de plegarias contenidas en un formulario litúrgico, en un libro —denominado eucologio— o, en general, en toda la tradición litúrgica. Este es el uso más frecuente de la palabra y el que se utiliza en relación con la liturgia. Aquí nos fijamos más en la eucología del Misal Romano.

La plegaria eucarística constituye el ejemplo más significativo de la **EUCOLOGÍA MAYOR** y el modelo más completo de la eucología cristiana. Se define como plegaria de acción de gracias y de santificación (OGMR 54)

A la **EUCOLOGÍA MENOR** pertenecen las oraciones colecta, sobre las ofrendas, poscomunión, sobre el pueblo, conclusivas de las horas del oficio, sálmicas, etc. Una característica de estas plegarias es la de formar parte de una acción ritual específica en el conjunto de toda la celebración.

- Invocación («Dios», «Señor», referidos siempre al Padre).
- Anamnesis de la obra salvífica (proposición de relativo: «que has querido...»)
- Súplica (objeto de la petición: «concede a tu pueblo...»; a veces con la expresión de la finalidad: «para que...»).
- Conclusión («Por nuestro Señor Jesucristo... Amén»).

José Antonio Goñi